

CAPÍTULO XX

I

Guerra de la Independencia (1812). — Toman los franceses á Denia y á Peñíscola. — Traición del gobernador de esta última plaza. — Muere gloriosamente don Martín de la Carrera. — Wellington se apodera de Ciudad-Rodrigo. — Rinde luego á Badajoz. — Victoria de Mina en Sangüesa. — La sorpresa de Arlabán. — La guerrilla del Fraile. — *El Empecinado* entra en Cuenca. — Lacy, Sarsfield y Eroles en Cataluña. — Reveses de Ballesteros en Andalucía.

Bajo favorables auspicios preparábase para nosotros la campaña de 1812. Desavenido Napoleón con Rusia y teniendo necesidad de su ejército en Francia ante las contingencias de una próxima guerra con el imperio moscovita, sacó de la Península varios regimientos compuestos de tropas veteranas, entre ellos 8,000 hombres de la famosa guardia imperial.

Los primeros hechos de armas fueron, sin embargo, contrarios á nuestra causa. El enemigo se apoderó de Denia y Peñíscola. Don Pedro García Navarro, gobernador de esta última plaza, la entregó sin lucha y aún llevó su deslealtad á combatir en las filas del Rey intruso, mereciendo tan reprobable conducta caurosos elogios del *Diario Oficial* del Gobierno de Madrid. En Murcia perdió la vida el esforzado general don Martín de la Carrera, víctima de su arrojo al penetrar en aquella población con cien jinetes para sorprender al general Soult, hermano del mariscal, costándole á los franceses no pocas pérdidas rechazar su furioso ataque.

Pronto comenzó el desquite por nuestra parte.

Wellington envió al general Hill hacia Extremadura; situó á don Carlos de España y á don Julián Sánchez en el Tormes para vigilar los movimientos del Duque de Ragusa que se hallaba en Salamanca, y él se presentó en la noche del 8 de Enero frente á los muros de Ciudad-Rodrigo. Tardó algunos días en abrir paralelas contra los reductos, y el 14 rompió el fuego con toda la artillería de sitio que llevaba, continuando hasta el 19, en que dispuso y se realizó el asalto por haber rechazado el gobernador de la plaza la capitulación propuesta.

La toma de aquella ciudad valió á Wellington la grandeza de España con el título de Duque de Ciudad-Rodrigo.

No quiso el general inglés dormirse sobre sus laureles y, después de poner en estado de defensa la plaza que acababa de conquistar, dejándola guarnecida y fortificada, así como la de Almeida, á mediados de Marzo se puso en camino para Badajoz. Destacó parte de sus fuerzas para contener á los generales Soult y Marmont, en el caso de que pretendieran reunirse, y sitió aquella plaza. La guarnecían 5,000 hombres al mando del general Philippon.



Defendiéronse los sitiados con bravura durante quince días; pero todos sus esfuerzos resultaron inútiles ante las brechas abiertas en los muros por los veintiocho cañones que llevaba el ejército anglo-portugués. Dada la orden de asalto y tomados el castillo y el baluarte de San Vicente, Philippon, que con los principales jefes habíase refugiado en el fuerte de San Cristóbal, se rindió en la mañana del 7 de Abril.

Wellington recibió por este nuevo triunfo la gran cruz de San Fernando.

La conquista de Badajoz tuvo un sangriento epílogo que manchó la gloria de los vencedores. Exasperados por la resistencia de los franceses, entraron á saco en la ciudad, que fué devastada, muriendo asesinados más de un centenar de sus habitantes.

Tan inesperados sucesos llevaron la perturbación al campo enemigo. En marchas y contramarchas perdieron el tiempo Marmont y Soult, resultando impotentes para socorrer á Badajoz, por lo que retrocedieron á sus antiguas posiciones de Sevilla el uno y de Salamanca el otro.

Mientras tanto Castaños se presentaba en Galicia, y Santocildes, que volvió á encargarse del mando del 6.º ejército, limpiaba de franceses el territorio de la provincia de León. Mendizábal, al frente del 7.º ejército, comenzó á operar en los confines de Asturias y Santander, secundado por los guerrilleros Porlier, Renovales, Longa, Merino, y Jáuregui que llegaban en sus correrías hasta las provincias vascongadas y sus limitrofes de Castilla.

Entre todos sobresalía el audaz Mina, que en las inmediaciones de Sangüesa deshizo una columna francesa mandada por el gobernador de Pamplona, general Abbé, haciéndole cuatrocientos prisioneros y cogiéndole dos cañones. El general Dorsenne, queriendo deshacerse de tan temible adversario, reunió 20,000 hombres de los cuerpos de Aragón y Castilla y entró en Navarra por el valle del Roncal. Mina sorteó las maniobras de los franceses y corrióse al alto Aragón. Se le creía fugitivo y errante, cuando de improviso apareció, en la mañana del 9 de Abril, en las alturas de Arlabán, provincia de Guipúzcoa. Su objeto era apoderarse, como lo hizo, de un convoy que iba á Francia, no obstante hallarse defendido por dos



Salamanca.

mil hombres á los que puso en fuga, cogiendo ciento cincuenta prisioneros, dos banderas, un rico botín y mucha correspondencia del Rey José.

Las partidas sueltas se multiplicaban, moviéndose en todas direcciones. Del campo de Valencia era dueña la que capitaneaba el franciscano descalzo fray

Asensio Nevot, llamada por esto *La guerrilla del Fraile*; en la Mancha sostenían la agitación y el entusiasmo Martínez de San Martín y don Francisco Abad, *Chaleco*, cuyo segundo, don Juan Baca, corriase á veces hasta Sierra Moreña; y en Cuenca llegó á entrar *el Empecinado*.

Lacy, Sarsfield y el Barón de Eroles combatían casi á diario en Cataluña. El primero sorprendió en Vilaseca un batallón francés, copándole juntamente con su coronel Dubarry. Sarsfield hizo con fortuna una incursión en Francia, de la que trajo rebaños y dinero, y el Barón de Eroles en Roda, distrito de Benabarre, derrotó el 5 de Marzo al general Burke, haciéndole retirarse á Barbastró con pérdida de 1,000 hombres y tres piezas de artillería. La acción de estos tres caudillos era secundada vigorosamente por las guerrillas de Manso, Milans, Fábregas, Rovira y otros que recorrían los pueblos de la costa.

En el Mediodía peleaba el general don Francisco Ballesteros con varia fortuna, contenido por la superioridad de las fuerzas de que disponía el mariscal Soult. El 14 de Abril, sostuvo un recio combate en Osuna, al que siguió otro frente á Álora, y más adelante fué rechazado en la línea del Guadalete cuando se propuso interceptar las comunicaciones entre las tropas de Sevilla y las que sitiaban á Cádiz.

Estos reveses no influyeron en la marcha de la guerra, cada año más apurada y comprometida para el Emperador, que tenía distraídos en España 250,000 hombres sin haber logrado pacificar por completo ni una sola de sus provincias.

II

El Rey José, generalísimo. — Desobediencia de sus lugartenientes. — Wellington en Salamanca. — La batalla de Arapiles. — Los franceses en retirada. — Marchas y contramarchas de José. — Evacuación de Madrid. — Entrada de Wellington en la Corte. — Diríjese José á Valencia. — Wellington avanza hasta Burgos. — Retírase á Salamanca y de allí retrocede á Portugal. — Su presencia en Cádiz. — La campaña de Andalucía. — José regresa á Madrid. — La escuadra anglo-siciliana en Alicante. — Sucesos de Aragón y Cataluña.

La necesidad en que se hallaba Napoleón de emprender la campaña de Rusia, le hizo variar de conducta con su hermano José, al que tenía reducido á un papel secundario en todo cuanto se refería á las operaciones militares. La variación consistió en confiarle el mando superior de los ejércitos franceses diseminados en la Península, ordenando á los generales que obedeciesen al Rey su hermano. Este, que ignoraba el número y la organización de las tropas que se ponían bajo su mando, encargó al mariscal Jourdan la redacción de una Memoria al efecto, consignando en ella los medios de afianzarle en el Trono por la fuerza de las armas. Jourdan se dirigió á los generales pidiéndoles datos y comunicándoles instrucciones para que cooperasen á un fin común; pero aquéllos, acostumbrados á

obrar por su cuenta, cuando no se negaban á obedecer, proponían planes contrarios á los acordados por el mariscal (1).

Pronto se vieron los resultados de aquel desconcierto y de aquella desobediencia de los generales franceses. Wellington salió el 13 de Junio de Fuenteguinaldo, y con el ejército aliado, dividido en tres columnas, agregados á él don Julián Sánchez y don Carlos de España, se acercó á Salamanca, que evacuó Marmont, dejando fortificados tres conventos para vigilar el paso del Tormes. Cayeron en poder de Wellington, á quien los habitantes de Salamanca hicieron un recibimiento entusiástico.

Intentó Marmont atraer á los aliados hacia el Tormes; pero no pudiendo lograrlo atravesó el Duero y pasó á Tordesillas, seguido de los ingleses, que no quisieron pasar el río, situándose en Rueda. Marmont, antes de dar tiempo á que se juntase á los aliados el 6.º ejército de Galicia, repasó el Duero, vadeó el Guareña y situóse en una extensa llanura, inmediata al Tormes, entre Alba y Salamanca, mientras los ingleses pasaron también aquel río, apoyando su derecha en el pueblecito de Arapiles.

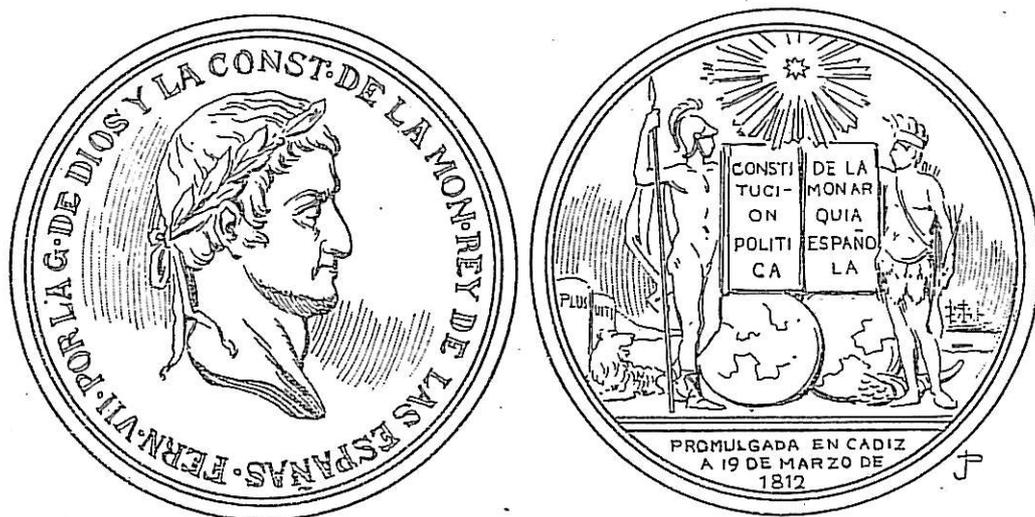
El 22 de Julio, halláronse frente á frente los dos ejércitos contrarios. La posición de los franceses era ventajosa, por ocupar uno de los cerros que dominaban el campo de operaciones; pero la impetuosidad de Wellington y la de sus aliados no les dejó aprovecharse de ella. Acometidos los franceses simultáneamente por el centro y los flancos, opusieron una resistencia desesperada, pronunciándose más tarde en derrota, á la que contribuyó la caballería inglesa. Marmont y Bonnet, que se batieron bizarramente, quedaron heridos y huyeron al fin por los encinares del Tormes.

La batalla de Arapiles fué sangrienta; 5,000 bajas tuvieron los aliados, no bajando de esta cifra las sufridas por los franceses, que dejaron, además, en nuestro poder 7,000 prisioneros — en su mayor parte hechos por la caballería — y 14 cañones. Wellington obtuvo por tan señalado triunfo el Toisón de oro, que le concedieron las Cortes de Cádiz.

El Rey José había dejado la capital de España con objeto de acudir en ayuda

(1) En una carta de Jourdan al ministro de la Guerra le decía lo siguiente: «El Duque de Ragusa anuncia de una manera positiva que lord Wellington va á tomar la ofensiva sobre él; sin embargo, el Duque de Dalmacia, que en este caso debía enviar al Conde de Erlon en socorro del ejército de Portugal, no ha hecho nada. El Duque de la Albufera, que debía dirigir una división sobre Madrid, se niega á ello, y el Conde Cafarelli pretende que no puede enviar hoy socorro alguno sin exponer las provincias del Norte á un peligro inminente. Si, pues, Wellington marcha con todas sus fuerzas reunidas, el ejército de Portugal tendrá que combatir solo. Es posible que el enemigo sea batido; pero si sucediese lo contrario podría haber resultados muy fatales, y todo por no ser ejecutadas las órdenes del Rey. De haber sido cumplidas, el Rey, reuniendo su guardia á las tropas del Mediodía y de Aragón, que se habrían aproximado al Tajo, hubiera ido sobre el flanco del ejército inglés con un cuerpo de 25,000 hombres, lo que ciertamente nos aseguraría un éxito brillante... Estoy tan firmemente convenido del peligro que corren nuestros soldados si quedan sin punto de apoyo en el centro, que he creído hacer presente á V. E. mi opinión. Podrá no ser fundada; pero al menos se inspira en mi celo por el servicio de S. M. y por la gloria de sus ejércitos.»

de Marmont; mas, sabiendo poco después el desastre de Arapiles, volvióse á Madrid, mientras Wellington entraba en Valladolid el 30 de Julio y proseguía á Cuéllar. No había descansado todavía José, cuando supo que el general británico franqueaba la sierra que separa las dos Castillas; entoncés se retiró de Madrid hacia Aranjuez, en tanto que Wellington, acompañado de *el Empecinado* y Pala-sea, entraba, el 12 de Agosto, en la capital de España, donde recibió multitud de agasajos de los madrileños, que le aposentaron en el Palacio Real. Al día siguiente se publicó la Constitución de la Monarquía hecha en Cádiz, presidiendo el acto don Miguel de Álava y don Carlos de España, este último recientemente nombrado gobernador de Madrid.



Medalla de la proclamación de la Constitución de 1812.

De Aranjuez pasó José I á Albacete y después á Valencia, en cuya ciudad entró el 31 de Agosto.

El general Clausel, jefe de las tropas francesas de Portugal, cayó sobre Valladolid, destacando al general Foy para que recogiese las guarniciones de Toro, Zamora y Astorga, lo cual obligó á Wellington á salir de Madrid y emprender la persecución de Clausel, quien, al verse sin fuerzas para resistirle, se retiró á Burgos y después á Briviesca y Pancorbo. Wellington, cuyo ejército se había aumentado en su marcha con las tropas que mandaba Castaños, se empeñó, perdiendo un tiempo precioso, en hacerse dueño del castillo de Burgos. Retiróse luego alegando carecer de artillería de sitio. Cuando sucedía esto, las Cortes españolas, en decreto de 22 de Septiembre, le confirieron el mando en jefe de todos los ejércitos aliados.

Al retirarse Wellington de Burgos, fué perseguido por el general Souham, sucesor de Clausel, teniendo que refugiarse en las posiciones que había ocupado antes de la batalla de Arapiles. Souham, unido á Cafarelli, disponía de 40,000 hombres, y llamaba en su ayuda á Soult y á José, para copar á los aliados. El efectivo de las tropas francesas llegó á ascender á 80,000 combatientes, de ellos diez

mil jinetes, con 120 cañones. Wellington, que no podía combatirles, abandonó sus estancias de Salamanca y, por Ciudad-Rodrigo, se internó en Portugal. De allí pasó á Cádiz — cuyo sitio levantara Soult, como consecuencia de la batalla de Arapiles — para dar personalmente las gracias á los diputados por las mercedes recibidas y para estrechar sus relaciones con el Gobierno español. Las Cortes le distinguieron sobremanera, concediéndole asiento en los bancos de los representantes de la Nación, y el presidente, al darle la bienvenida, pronunció, entre otras, las siguientes palabras: «Los ejércitos españoles y aliados, conducidos por Wellington, no sólo arrojarán á las huestes francesas más allá del Pirineo, sino que, si menester fuese, colocarán sobre las márgenes del Sena sus triunfantes pabellones».

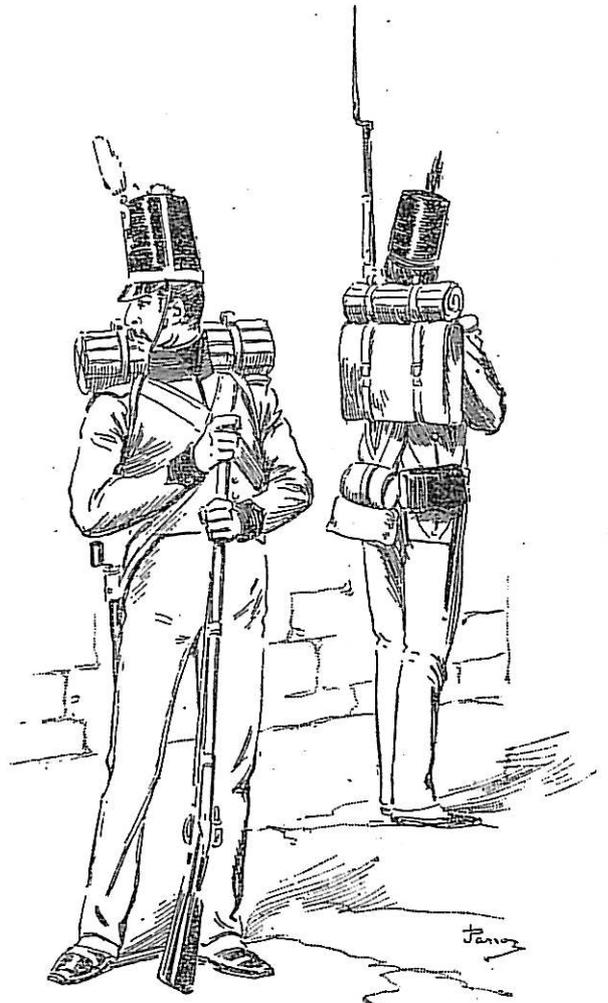
La campaña de Andalucía que hizo Ballesteros, secundado por Villemur y Echavarri, persiguiendo á Soult cuando éste se dirigía con el Conde de Erlon á Murcia y Valencia, fué tan lucida como fructuosa. Quedaron en nuestro poder Málaga, Granada, Córdoba y Sevilla.

Habiéndose abandonado el proyecto de Jourdan, consistente en perseguir á Wellington hasta Portugal, José regresó á Madrid, donde hizo su entrada de nuevo el 3 de Diciembre, en medio de la indiferencia de sus habitantes.

Tres meses antes había arribado al puerto de Alicante una escuadra anglosiciliana con 6,000 hombres de desembarco, á los que se agregaron 4,500 que mandaba Wittingham en las Baleares y que aquélla recogió en Mahón. Unidas estas tropas con las nuestras, avanzaron tierra adentro, obligando á Suchet á retroceder hacia Játiva.

Por último, Sarsfield en Aragón, tomando á Barbastro, y Lacy en Cataluña, encerrando á las guarniciones francesas en los fuertes y ciudades, de donde no se atrevían á salir, contribuyeron al buen resultado que tuvo para nosotros hasta su final la campaña de 1812.

La suerte se había declarado contra Napoleón, y puede decirse en que nuestra Patria encontró el principio de su ruina. Así lo reconoció en las *Memorias* de Santa Elena, al escribir las siguientes frases: «Esta desgraciada guerra de España me perdió; dividió mis fuerzas, abrió una inmensa ala á los soldados ingleses y atacó mi moralidad en Europa. Dirigí



Fusilero. Cazador. 1812.
Ejército español. Infantería ligera.

» muy mal aquel asunto. La inmoralidad debió mostrarse patente, la injusticia
 » demasiado cínica... El plan más seguro y más digno hubiera sido una media-
 » ción á la manera de la que interpuse en Suiza. Yo debí haberme arreglado con
 » Fernando.»

III

1813. — Evacuación de Madrid por los franceses. — Wellington en campaña. — Retirase José á Valladolid y luego á Burgos. — Persiguenle los aliados. — Batalla de Vitoria. — Los franceses en huida. — José y Jourdan pasan la frontera. — Enojo de Napoleón. — Soult, lugarteniente del Emperador en España. — Conclusión del reinado de José I.

Transcurrieron los primeros meses del año 1813 sin que se registrase ningún hecho decisivo. Perdimos á Castroudiales y se compensó la pérdida con haber rendido Mina la guarnición de Tafalla.

La marcha de José á Valladolid, abandonando el 17 de Marzo la capital de España, donde no se encontraba seguro, indicabá la gravedad de los acontecimientos. Dejó instrucciones á la guarnición para que evacuase la capital cuando lo creyera oportuno, y así lo hizo el general Hugo, el 27 de Mayo, quedando desde entonces Madrid definitivamente libre de franceses. La vispera había salido ya un numeroso convoy de coches, carros y acémilas, en que iban los comprometidos con el Rey intruso, llevándose los mejores cuadros del Museo de pinturas é infinidad de alhajas y ornamentos sacados de las iglesias, como igualmente documentos históricos de que había sido despojado el archivo de Simancas.

Observaba Wellington desde Portugal los movimientos del enemigo y, juzgando que era llegada la ocasión de ejecutar sus planes, salió de Freineda el 22 de Mayo acompañado de dos divisiones inglesas, otra portuguesa y ochocientos caballos, tomando otra vez el rumbo á Salamanca. En Tamames se le incorporaron don Carlos de España y don Julián Sánchez, y en Alba de Tormes el cuerpo mandado por Hill y la división de don Pablo Morillo. Cumpliendo órdenes suyas, el ejército español de Galicia y la 5.^a división de Asturias, que mandaba Porlier, aproximáronse á Benavente.

Cuando José tuvo noticia del avance hecho por el generalísimo de la Regencia, distribuyó sus tropas del modo siguiente: todo el ejército del Mediodía apoyando su izquierda en Tordesillas y su derecha en Torrelobatón; el general Reille, con la caballería y la división D'Armagnac, en Medina de Rioseco; la división Mancune, en Palencia; el Conde de Erlon, en Valladolid, con la división Cassagne; y el cuartel general del Rey, en Cigales. Viendo que no había podido evitar la concentración de los aliados del lado acá del Esla y creyendo imprudente aventurar allí la batalla, ordenó la retirada á Burgos. No bien había llegado á esta

ciudad, cuando se vió sorprendido por la vanguardia de Wellington, que á marchas forzadas y cruzando el Duero hizo desde Toro un movimiento estratégico muy celebrado por los historiadores militares.

Decidióse José á salir de Burgos, no sin ordenar antes la voladura de su castillo, que produjo numerosas víctimas y grandes destrozos en las casas, padeciendo bastante la catedral con el estremecimiento.

Tomó aquél, por Pancorbo y Miranda de Ebro, la ruta de Vitoria, seguido siempre por los aliados, y en la mañana del 21 de Junio encontráronse los dos ejércitos contendientes. Tenían aquéllos reunidos, sin contar la división de don Pablo Morillo y las tropas españolas que gobernaba el general Girón, 60,440 hombres (35,090 ingleses y 25,350 portugueses) y ellos 9,290 de caballería. La 6.^a división inglesa, compuesta de 6,300 hombres, se había quedado en Medina de Pomar. Las fuerzas francesas eran algo inferiores en número á las del Duque de Ciudad-Rodrigo. Al amanecer del citado día 21, salió José de Vitoria, acompañado de su jefe de Estado Mayor, Jourdan, á reconocer las posiciones. El ejército llamado de Portugal estaba á la extrema derecha, camino real de Francia; el del Centro ocupaba la posición de su nombre, á la derecha de la calzada de Vitoria y Miranda; y el del Mediodía se colocó en las colinas de la Puebla de Arganzón. Todos estos cuerpos tenían sus reservas y ocupaban una extensión de dos leguas, cubriendo los caminos reales de Bilbao, Bayona, Logroño y Madrid.

Rompió Hill el fuego embistiendo á la izquierda francesa que coronaba las alturas de la Puebla de Arganzón. De su cuerpo de ejército formaba parte la división regida por don Pablo Morillo, que en el ataque resultó herido, pero no quiso retirarse del campo. Arrojados los franceses de las cimas, atravesó Hill el Zadorra y ganó á Subijana de Álava. Generalizado el combate, que sostuyeron con tesón unos y otros, la derecha y el centro de José retrocedieron ante el temor de verse cortados en la extensa línea que ocupaban. La llegada del general Graham con tropas de refresco por el camino de Bilbao acabó de introducir el desorden entre los franceses; imposible les fué ya sostenerse en ningún sitio, acabando por ser arrojados contra la ciudad y puestos en fuga desatentadamente. Perdieron 151 cañones y 8,000 hombres, entre muertos y heridos. Cerca de 5,000 bajas tuvieron los aliados, correspondiendo seiscientas de ellas á los españoles.

José, estrechado de cerca, tuvo al retirarse que montar á caballo, abandonando su coche, en el que se cogieron cartas de Napoleón y una artística espada, regalo de la ciudad de Nápoles.

También cayó en poder de los aliados el convoy que estaba á la izquierda del camino de Francia, saliendo de Vitoria. Las cajas de dinero que conducía se las repartieron los vencedores. Perdido igualmente quedó el bastón de mando del mariscal Jourdan, que, viniendo á poder de Wellington, lo envió éste al Príncipe-regente de Inglaterra.

Terrible golpe fué para los franceses la pérdida de esta batalla, por la que obtuvo Wellington de su Gobierno el empleo de feld mariscal, y de las Cortes es-

pañolas la posesión real *Soto de Roma*, sita en la vega de Granada. Huían aquéllos á la desbandada por el camino de Pamplona, rota toda disciplina, quemando, asolando y cometiendo mil estragos en los pueblos del tránsito. José se les adelantó llegando á la capital de Navarra al anochecer del día 23. Pensaron él y Jourdan resguardar de una invasión el territorio francés, y dispusieron que, de-



jando una guarnición de 4,000 hombres en Pamplona, el ejército del Mediodía pasase á San Juan de Pie de Puerto, el de Portugal á cubrir el Bidasoa y el del Centro á Urrugne y San Juan de Luz.

Extraordinario enojo prodújole á Napoleón lo acaecido en Vitoria, y achacándolo á impericia de José y del mariscal Jourdan, separólos del mando, nombrando por sucesor de ambos al mariscal Soult, con el título de lugarteniente del Emperador en España, según decreto fechado en Dresde el 1.º de Julio.

El mismo día, que fué el 12, en que se posesionó Soult de su nuevo mando, salieron Jourdan para Bayona y José para Mortfontaine. El último había dejado ya de ser Rey de España.

Hablando de él, dice uno de nuestros historiadores: «No fué en verdad merecedor de los muchos disgustos que amargaron su vida. Llegar desde la modesta posición de burgués medianamente acomodado, á Monarca de las Españas, y nó por sus méritos sino por los de su hermano, pudo ser, en cuanto que sucedió; mas no cabía en lo posible que pudiese serlo definitivamente; su mando había de resultar por fuerza pasajero. Mas sus cualidades personales, su honradez y su ilustración le colocaban á muchos codos de alto sobre aquel Monarca por quien los españoles se dejaban matar.»

Pronto veremos la suerte que reservaba á sus defensores Fernando VII *el Deseado*.

IV

Valencia, Zaragoza y Tarragona. — La proclama de Soult. — Nueva organización que dió á su ejército. — Sitio de San Sebastián. — Batalla de San Marcial. — Incendio de la plaza de San Sebastián por los anglo-lusitanos. — El tratado de Valencey. — 1814. — Suchet en retirada. — Wellington en Francia. — Batalla de Orthez. — Batalla de Tolosa. — Los ejércitos de las naciones aliadas entran en Paris. — Abdicación de Napoleón y proclamación de Luis XVIII. — Wellington, Soult y Suchet acuerdan hacer cesar las hostilidades. — Fin de la guerra.

Dominaba Suchet á Valencia y alguna parte de su provincia, habiéndolo tenido que sostener diferentes encuentros con las columnas de Elio y Wittingham; pero el suceso de Vitoria le obligó á dirigirse hacia los márgenes del Ebro para mejorar la situación del ejército francés que suponía comprometido.

Salió de Valencia en la mañana del 5 de Julio y en seguida la ocuparon Villacampa, Elio, Wittingham, Roche, el Duque del Parque y los ingleses Bentinck y Clinton. Antes de su salida, reforzó las guarniciones de Murviedro, Denia, Peñíscola, Morella y Tortosa, poniendo al frente de la última al general Robert en quien tenía gran confianza. Su objeto principal era socorrer al general Paris que había quedado en Zaragoza y al que acosaban Mina, Durán y don Julián Sánchez. No llegó á tiempo, pues Paris había desamparado la ciudad, donde entró Sánchez con sus lanceros en medio de las aclamaciones del vecindario; siguióle Durán, en tanto que Mina perseguía á los fugitivos, costándole á éstos no poco trabajo ponerse en cobro en la frontera francesa.

Conociendo entonces Suchet lo inútil de su estancia en Aragón, hizo recoger las cortas guarniciones que en algunos puntos de aquel reino tenía, conservando las de Mequinenza y Monzón para resguardo de la plaza de Lérida, en la cual dejó de gobernador al general Lamarque, y, cruzando el Ebro, aproximóse á Tarragona y pasó á situarse en Villafranca del Panadés. Nuestras tropas acordaron seguirle, para lo cual salieron de Valencia convenientemente reforzadas y presentáronse delante de Tarragona, cuyo gobernador, después de volar las fortificaciones, abandonó la plaza el 18 de Agosto é incorporóse al ejército francés que se situó en la línea del Llobregat. Al día siguiente metióse en Tarragona Sarsfield, que había sido llamado á Cataluña para cooperar á tan importante operación.

Volvamos á Soult, quien tan pronto como se encargó del mando en jefe de las tropas francesas de la Península, dió una proclama llena de desconsideración para sus antecesores y de esperanzas que á la verdad no tenían base sólida sobre qué fundarse: «Soldados,—decía en aquélla—yo participo de vuestra pena » y de vuestra indignación; conozco que recae sobre otros la censura de la actual » situación del ejército; tened vosotros el mérito de reparar su suerte. Hé manifestado al Emperador vuestro valor y vuestro celo; sus órdenes son que desalo-

» jemos al enemigo de esas cumbres desde donde insolentemente domina nuestros
 » hermosos valles y le arrojemos al otro lado del Ebro. En el territorio español
 » es donde vosotros debéis poner vuestros campamentos, y allí es de donde ha-
 » béis de sacar vuestros recursos. No hay dificultad que pueda ser insuperable
 « para vuestro arrojo... Haced que fechemos en Vitoria la relación de nuestros



» primeros triunfos y celebremos allí el cumpleaños de S. M. Imperial. — Firma-
 » do, SOULT, Duque de Dalmacia, lugarteniente del Emperador. — 23 de Julio
 » de 1813».

Dió nueva organización al ejército, formando uno, de los cuatro denominados antes del Norte, Centro, Portugal y Mediodía, con el nombre de ejército de España, distribuido en tres cuerpos. Confió el de la derecha al Conde de Reille, el de la izquierda á Clausel y el del Centro al Conde de Erlon; formó otro de reserva á cargo de Villalte, con dos divisiones de caballería pesada, á las órdenes de Tilly y Treillard, y otra ligera á las de su hermano, el general Soult.

Apretaban mientras tanto los nuestros el cerco de San Sebastián, que defendían 4,000 hombres bajo el mando del general Rey, y si bien los españoles blo-

quearon en un principio la plaza, sólo formalizaron el sitio los anglo-portugueses que regía Graham, quién resolvió encaminar el ataque contra el lado débil y descubierto de la Zurriola.

Trataron los franceses de socorrer la ciudad y, saliendo de Hendaya al amanecer del 31 de Agosto, vadearon el Bidasoa en número de 18,000 hombres y cayeron furiosamente contra el 4.º ejército español que mandaba entonces Freire, reforzado por Longa, Mendizábal y Porlier, y dos brigadas de la 4.ª división británica. Ocupaba Freire las alturas de San Marcial, Irún y Fuenterrabía, cubriendo el camino de la capital de Guipúzcoa.

Las primeras acometidas fueron rechazadas por el regimiento de Asturias, con pérdida de su coronel don Fernando Miranda. En la batalla, que fué ruda, tomaron parte, con su acostumbrado denuedo, Porlier y Mendizábal, conduciendo éste el segundo batallón de infantería de marina. Consiguióse arrollar á los franceses que comenzaron á repasar el río, hostigados por nuestras tropas. Perdieron los españoles en esta victoriosa jornada de San Marcial, 1,658 hombres; más los franceses y muy pocos los anglo-lusitanos, por no haber intervenido apenas en la lucha. Wellington se presentó cuando concluía, excitando su vista aclamaciones en los españoles, de cuyas tropas dijo aquél, en una proclama, que « se habían portado en San Marcial como las mejores del mundo ».

El gobernador de San Sebastián, general Rey, aun viéndose privado de todo socorro, resistió las proposiciones que le hicieron el 3 de Septiembre los aliados, por lo cual resolvieron éstos avivar su ataque. Después de porfiada resistencia, vióse obligado Rey á capitular, incendiando los anglo-lusitanos la ciudad y cometiendo con sus habitantes toda suerte de excesos.

Juzgaba Napoleón perdida su causa por el lado de España y, calculando lo que le convenia quedar desembarazado de esta guerra, resolvió entrar en tratos con el Monarca español, cautivo en Valencey. Envióle al Conde de Laforest, embajador que había sido en Madrid, con una carta suya, á la que contestó Fernando con otra haciendo protestas de sumisión, y comenzaron las negociaciones. Termináronse el 11 de Diciembre con un tratado suscrito por Laforest y el Duque de San Carlos, como plenipotenciarios de sus Monarcas respectivos, cuyo tenor era en substancia:

- » 1.º Reconocer el Emperador de los franceses á Fernando y sus sucesores
- » por Reyes de España y de las Indias, según el derecho hereditario establecido
- » de antiguo en la Monarquía, manteniéndose su integridad tal como estaba antes
- » de comenzarse la guerra, con la obligación por parte del Emperador de restituir las provincias y plazas que ocupasen aún los franceses, y con la misma
- » por la de Fernando respecto del ejército británico, el cual debía evacuar el territorio español al propio tiempo que sus contrarios.
- » 2.º Conservar recíprocamente ambos Soberanos la independencia de los derechos marítimos, conforme se había estipulado en el tratado de Utrech y continuándose hasta el año 1792.

» 3.º Reintegrar á todos los españoles del partido de José en el goce de sus
» derechos, honores y prerrogativas, no menos que en la posesión de sus bienes,
» concediendo un plazo de diez años á los que quisieran venderlos para residir
» fuera de España.

» 4.º Obligarse Fernando á pagar á sus augustos padres el Rey Carlos y la
» Reina su esposa, 30.000,000 de reales al año, y ocho á la última en el caso de
» quedarse viuda.

» Y 5.º Convenirse las partes contratantes en ajustar un tratado de comercio
» entre ambas naciones, subsistiendo hasta que esto se verificase las relaciones
» comerciales en el mismo pie en que estaban antes de la guerra de 1792. »

Confióse al Duque de San Carlos el encargo de llevar este tratado á España con una carta del Rey para la Regencia. Esta contestó remitiendo á Fernando copia del decreto de las Cortes fecha 1.º de Enero de 1811, el cual dispuso, como en su lugar dijimos, que no reconocerían, y antes bien tendrían por nulo y de ningún valor ni efecto todo acto, tratado, convenio ó transacción de cualquier clase ó naturaleza otorgados por el Rey mientras permaneciese en el estado de opresión y falta de libertad en que se hallaba, pues jamás le consideraría libre la Nación, ni le obedecería hasta verle entre sus fieles súbditos. La Regencia consultó á las Cortes sobre lo que procedía hacer si ponía Napoleón en libertad á

Fernando con ánimo de descartar á España de la alianza europea é introducir entre nosotros la discordia; y aquéllas publicaron con fecha 2 de Febrero de 1814 un decreto declarando que no reconocerían por libre al Rey, ni por lo tanto se le rendiría obediencia, hasta que en el seno del Congreso nacional prestase el juramento exigido en el artículo 173 de la Constitución. Contenía también el decreto otras disposiciones acerca de los extranjeros que acompañasen al Rey, y del recibimiento que habría de hacersele.

Suchet resistía mientras tanto en Cataluña; pero, reducido su ejército con motivo de los refuerzos que hubo de enviar á Lyon y acosado por el general inglés Clinton y el español Manso, emprendió la retirada hacia Gerona. Y como quiera que el Emperador pidiera diez mil soldados más de los suyos, para enviarlos igualmente á Lyon, abandonó á Gerona y acci-



José Manso.

gióse con los restos de su ejército bajo el cañón de Figueras el día 13 de Marzo, haciendo volar los puntos fortificados de Puigcerdá, Olot y Palamós y abandonando las demás plazas del distrito que mandaba.

Debilitadas asimismo las fuerzas francesas que defendían los Pirineos, por haber sido llamado un contingente de ellas á París en las últimas tentativas de Napoleón contra la coalición europea, determinó Wellington embestir á Bayona y llevar la guerra al corazón de Francia. Comenzaron las maniobras por el paso del Adoux el 14 de Febrero, y Morillo y Mina, auxiliados por los generales ingleses Hill y Stewart, pusieron á Soult en el caso de dejar la plaza de Bayona abandonada á sus propios recursos, yendo á establecer su campamento en Orther.

En este punto se libró la batalla el día 27, diferida hasta entonces por esperar Wellington que se le uniesen dos divisiones del 4.º ejército que mandaba Freire.

Los aliados encontraron á las tropas de Soult ocupando un espacio de media legua; su derecha descansaba sobre el camino real que va á Dax, rodeando el pueblo de Saint-Boés; el centro alojábase en una curva que unía las colinas inmediatas; y su izquierda se apoyaba en la ciudad y defendía el paso del río. No serían menos de 40,000 hombres.

Enredóse la acción á las 9 de la mañana, disputándose unos y otros palmo á palmo el terreno, que perdieron definitivamente los franceses por un hábil movimiento de Hill. Puestos aquéllos en huída, fueron acuchillados por la caballería, dejando en nuestro poder 2,000 prisioneros, 12 cañones y pereciendo ó extraviándose infinidad de fugitivos. De los generales contrarios, resultó muerto Bechaud y herido gravemente Foy; de los nuestros, salieron contusos Álava y Wellington, este último de una bala de fusil que dió en el pomo de su espada.

Muy animoso prosiguió moviéndose el generalísimo inglés el 17 de Marzo, llevando la derecha del ejército por Conchez, el centro por Castelnau y la izquierda por Plaisance. Su marcha era lenta, por la precisión de conducir pontones y otros materiales para reparar ó echar puentes y remover otros obstáculos que pudieran presentársele en el camino. Llegó el 27 enfrente de Tolosa, tardándose tres días en colocar un puente sobre el Garona. La ciudad y sus alrededores, fuertemente atrincherados por Soult, ofrecían una seria resistencia.

Hasta el 10 de Abril no empezó la batalla, que iniciaron Beresford y Freire, con gran intrepidez. Tomáronse las alturas de la derecha francesa, en medio de un fuego violentísimo, y el general Hill, al que acompañaba Morillo, obligó á Reille á refugiarse dentro de la vieja muralla. A la caída de la tarde tenían los aliados sobre las cumbres sus cañones, asestándolos sobre la ciudad, determinando esto la retirada de Soult, que al día siguiente desamparaba Tolosa, tomando la ruta de Carcasona para reunirse con Suchet.

Sangrienta fué esta lid de Tolosa, que costó al ejército de Wellington cuatro mil setecientas catorce bajas; de ellas correspondieron á los españoles 1,983, muriendo los coroneles de tiradores de Cantabria y del regimiento de la Corona, don Leonardo Sicilia y don Francisco Balanzat, así como el teniente coronel de Estado Mayor don José Ortega, contándose entre los heridos á los generales Mendizábal y Ezpeleta y á los brigadieres Carrillo y Méndez Vigo. Presúmese

que no fué tanta la pérdida sufrida por el enemigo, á causa de hallarse al abrigo de sus posiciones.

Acababa Soult de salir de Tolosa, cuando ocupó la ciudad Wellington recibien-



Luis XVIII.

do allí la noticia oficial de la entrada el 31 de Marzo en París de los aliados del Norte y de la abdicación del Emperador, forzoso á ello por el Gobierno provisional que estableciera el Senado francés, poniendo á su frente al Príncipe de Talleyrand. Decidió también el Senado, pocos días después, llamar de nuevo al solio de Francia á la familia de los Borbones y proclamar por Rey á Luis XVIII, encargándose del mando, interin llegaba éste, su hermano el Conde de Artois, bajo el título de lugarteniente del Reino.

Comunicadas estas nuevas á Soult y Suchet por el coronel francés Saint-Simón, acordaron aquéllos con Wellington en hacer cesar las hostilidades, según convenios ajustados el 18 y 19 del propio Abril en Tolosa. Acordaron también que

evacuasen los franceses las plazas que aún tenían en España, y un canje de prisioneros.

Con esto terminó la memorable guerra de la Independencia que sostuvieron el pueblo y el ejército durante seis años con un tesón digno de mejor causa. No era merecedor de ningún sacrificio el ingrato y desleal patriota, objeto de los afanes de los españoles, mientras él, desde Valencey, felicitaba á Napoleón por nuestros reveses y complaciase en llamarse hijo adoptivo suyo. Hallábase ya de camino para España, y en su ruin corazón germinaban sentimientos de odio y venganza contra los mismos que, por mantenerle en el Trono, se habían visto empeñados en tan gigantesca lucha. El concepto que tenía de la realeza ahogó, además, en él todo sentimiento de hombre, y entre sus condiciones personales y las de aquellos serviles aduladores de que se vió rodeado, comenzó pronto para España un periodo no menos triste y agitado que el que acababa de pasar.